297

CARLOS
GONZÁLEZ PEÑA

LA
CHIQUILLA

PQ7297
.G63
C5

1020028247

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA CHIQUILLA

Núm. Clas. N
Núm. Autor G643ch
Núm. Adq. 33431
Procedencia — 8 —
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Carlos González Peña

LA CHIQUILLA

— NOVELA —

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

F. Sempere y Compañía, Editores
Calle del Palomar, núm. 10
VALENCIA

099160

33431

C
M863
G

PQ7297
.G63
C5

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L:

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—VALENCIA

AL SEÑOR LICENCIADO

DON IRENEO PAZ

veterano en las lides intelectuales, con grande admiración y cariño ofrece este libro

C. González Peña.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CARLOS GONZÁLEZ PEÑA

Heme aquí convertido de enemigo de los prólogos, en prologuista, por obra y gracia de la amistad.

El amigo González Peña no sabe, seguramente, con cuánto disgusto por parte mía voy á ser yo el que reciba al buen lector en el pórtico de este libro, de este libro en el que el autor debe haber depositado muchas esperanzas, muchas ilusiones, la mitad de su alma de artista quizás.

¿Y qué haré yo, qué escribiré yo, que no resulte pobre, triste, esmirriado, si se compara con lo que de otra pluma más galana y mejor templada que la mía deberá seguir, en este librejo, á lo que escribir tengo, pese á mis escrúpulos y á mis temores?

Porque aquí no se trata sólo de salir del paso con cuatro elogios vulgares y un par de citas manoseadas que justifiquen las pretensiones que de erudito puede tener el prologuista. Es necesario escribir un prólogo digno del libro, un trabajo meditado, correcto, sesudo... una verdadera crítica.

Ganas me dan de mandar al cuerno esta amistad que en tales apuros me mete, cuando yo más lejos me encontraba de pensar en libros y en prólogos. Los que nos ganamos los viles garbanzos escribiendo artículos diariamente; los que apechugamos todos los días con los amargos frutos de la carrera periodística; los que, á fuerza de escribir casi sin provecho, nos hemos acostumbrado á mirar la literatura con ojos irónicos de pesimista socarrón, no servimos para prologuistas de novelas, porque corremos el peligro, ó mejor dicho, lo corre el público, de que, creyendo obrar de buena fe, escribiendo en serio con buena voluntad, resulten nuestros prólogos sendas y muy soberanas tomaduras de pelo al que los leyere.

Casi no se comprende que todavía haya por esos mundos de Dios, sobre todo en Méjico, seres heroicos que emplean el tiempo en escribir cosas de arte, cuando tan lindamente se puede ganar dinero dedicándose á labores mucho más fáciles y enormemente más productivas.

Una novela es para muchos hombres, calificados de *emprendedores* en ese argot familiar que nos gastamos para los días laborables, una pequeñez, una cosa insignificante, una tontería; que también tonterías suelen llamarse á estas obras que no se han estudiado sumando cifras, sino *viendo* y *sintiendo:* dos cosas que suelen parecer muy vulgares, y que, sin embargo, son, en realidad de verdad, rarísimas.

Escribir arte ya parece recurso socorridísimo del que no sirve para hacer cosa de más provecho, y es lo peor que, hasta cierto punto, tienen mucha razón los que así afirman, ya que vemos á diario en número aterrador que los jóvenes literatos se revelan y consagran con una facilidad pasmosa, como si fueran artículo corriente y de abundantísimo consumo.

En cuanto un mancebo cualquiera descubre que vuela en los campos un insecto del orden de los neurópteros que se llama libélula y que la vecinita del piso bajo (ó alto, que este detalle no importa) tiene los ojos glaucos, ya se cree más poeta que el Dante y más erudito que Menéndez Pelayo. Por ahí andan en pequeños rebaños, no todos melenudos y tristes, como los pinta la crítica festiva, sino orgullosos, gallardos, creyendo eclipsar á Byron con su prosopopeya de excéntricos y sus vistosos, retóricos y estudiados desplantes de iconoclastas.

Ellos son los primeros en sonreir despreciativamente cuando sale un escritor joven, verdadero artista, un escritor que sabe escribir libros muy bellos, sin mencionar á los nenúfares ni á las gemas, sin echárselas de original y leyendo obras maestras, notables obras de literarura, que le enseñan á reirse de esas estúpidas innovaciones del decadentismo ramplón y vocinglero.

Mas no es cosa de salirse ahora con tales berenjenas, puesto que el prólogo es lo esencial y puesto que hay que aprovechar tiempo y espacio. Dejemos para mejor ocasión el hablar de poetas tontos y hablemos sólo del autor de La Chiquilla, que no es tonto ni mucho menos, sino un artista sin trampa ni cartón, un gran artista, que merece, seguramente, un puesto notable en la literatura mexicana, puesto que no me explico se conceda á muchos que no valen ni la centésima parte de lo que vale González Peña.

Aquí encaja perfectamente una explicación que estimo por

muy necesaria: me une con el joven autor de esta novela un afecto de amigo muy grande y muy profundo. Hablo ahora muy en serio, y en ello me complazco.

Como al hacer la crítica del mérito artístico de La Chiquilla tendré que elogiar, y no poco, siguiendo el dictado sincerísimo de mi conciencia, al caso viene advertir que en mis apreciaciones no influirá la amistad ni poco ni mucho: seré sincero, y si me equivoco, culparse pueden mis errores como hijos de mi ignorancia, nunca como conscientes benevolencias amistosas. Sentiría verdadera pena al sospechar que algún lector, juzgando exagerados mis elogios, los disculpará, considerando que pueden ser elogios de amigo.

Me gusta siempre cargar con la responsabilidad de mis afirmaciones, y por otra parte, no es Carlos González Peña quien necesita de encomios benévolos: tiene el gran elogio de su propia obra.

Y ahora, revistiéndome de toda mi buena voluntad, ya que no de más apreciables galas, entraré en el granero de la cuestión, procurando salir de este mal paso todo lo airoso que mis pobres recursos literarios me permitan.

***

Conocí á Carlos González Peña hará aproximadamente dos años, cuando estrenó en el teatro Hidalgo su drama *El Huerto*.

Hacía pocos meses que me encontraba en México, y mi deseo de conocer *de cerca* algunas manifestaciones del arte mexicano, sobre todo de la literatura, era muy vivo. Confieso con toda franqueza que mis ilusiones respecto á los literatos del país eran muy pocas. No creo que le esté vedado á un extranjero, por el sólo hecho de serlo, manifestar sin hipocresías tontas una opinión particularísima, y así escribo con perfecta sinceridad.

Asistí, pues, al estreno de *El Huerto* sin la esperanza de toparme con una gran obra, casi seguro de que podría reirme un rato viendo interpretar un mal drama por peores comediantes. Y no me equivoqué del todo: la obra era muy mediana y los cómicos que la representaron, juzgados desde el punto de vista artístico, merecían la pena capital.

Sin embargo, sonaron aplausos desinteresados, hasta entusiásticos, y el autor del drama hubo de salir á escena varias veces. Era un joven como de diez y ocho á veinte años, alto y robusto, de facciones acentuadas y duras, moreno, que mi-

raba á la multitud que le aplaudía con ojos tímidos, como asombrado de que le aclamaran con tanto calor.

Ciertamente, el joven autor no había hecho nada que se saliera de lo vulgar en el orden artístico; pero tampoco era su obra, no obstante los muchos y muy grandes defectos que en ella pude advertir, un mamarracho ni mucho menos. Esperaba yo que la prensa jalearía á aquel dramaturgo en estado embrionario, animándole para que siguiera cultivando su difícil arte; pero me llevé el gran chasco: ningún periódico se ocupó de ello, acaso por falta de espacio, que reclamaría, quizás, la urgente é importantísima *crónica negra*, el seductor reportazgo.

Casi me había olvidado yo también de *El Huerto* y de su autor, pues pasó el tiempo sin que la obra se volviera á representar, cuando al llegar un día á la redacción me encontré sobre mi mesa de trabajo un libro de regulares dimensiones, bajo cuyo título *(De noche)* había impresa una palabra explicativa de lo que aquel libro era: *novela*.

El autor de ella, Carlos González Peña, me enviaba un ejemplar con atenta dedicatoria.

Fué para mí una sorpresa, una gran sorpresa: era la primera novela mexicana que había caído en mis manos, y una novela que, sin ser una gran cosa, demostraba que su autor, joven estudioso y con un raro talento para novelar, podría, con el tiempo, escribir muy buenos libros.

En América, la novela es muy poco cultivada, no obstante estar fuera de toda discusión que ningún otro género literario la supera en mérito. Por aquí se escriben versos á troche y moche, acaso porque los latino-americanos piensan como Campoamor:

> Lengua de Dios, la poesía es cosa
> que oye siempre cual música enojosa
> mucho hombre superior en lo mediano;
> y en cambio escucha con placer la prosa,
> que es la jerga animal del ser humano.

Sería cosa de insultar la memoria del ilustre autor de las *Doloras* si esto no se aceptara como lo que es: una humorada. Nunca he podido estar conforme con que se posponga á la poesía, casi siempre dulce y sensiblera como hueca, la prosa, la prosa real y vulgar, que cuando la escribe una pluma experta, puede hacerse tan bella, tan artística como los más artísticos y bellos versos. Además, la literatura moderna sigue otros derroteros, por los cuales no se puede caminar rimando. Dejemos á los grandes poetas de otros tiempos que

sigan siendo admirados, pero admiremos también con igual fuerza de entusiasmo á los magníficos prosadores de nuestros días, á los que, al hacer belleza, procuran hacer también humanidad.

Salvador Díaz Mirón y Amado Nervo son, indiscutiblemente, dos glorias mexicanas; pero su fama de artistas habría ido más lejos, sin duda alguna, si en vez de ser poetas hubieran sido novelistas ó dramaturgos. Estos se ponen en comunicación más directa con el público; no es el suyo el arte subjetivo del poeta, sino la obra útil y admirablemente humana del pensador artista.

Carlos González Peña es un caso raro entre los jóvenes hispano-americanos. Le seduce la prosa y mira los versos con un poco de desprecio, no muy justo quizás. Causa es ello de la estirpe de su cultura literaria, cursada de cabo á rabo en los libros que vienen de Europa. La novela *De noche* me gustó más que por sus méritos, no extraordinarios, como he dicho antes, por lo mucho brillante que en el porvenir del autor hacía vislumbrar. En *El Correo Español* publiqué una impresión crítica sobre ella, que después supe que fué la más entusiástica de cuantas en México se escribieron á propósito de la aparición de la modesta obrita.

¿Me había corrido en los elogios? Entiendo que no, y si yo no hubiera sabido perfectamente que no suelen distinguirse los mexicanos como novelistas, habría creído que aquí se escribían novelas colosales y que ningún caso se hacía de las que muy modestamente saltaban al campo de la publicidad en solicitud de un aplauso, también modesto, de la crítica.

La novela de González Peña no es mala, ni siquiera mediana; pero aquí, aquí donde se publican libros muy de tarde en tarde y la mayor parte de ellos de un valor literario muy dudoso, hay críticos, críticos que se gastan unos humos muy propios de un Brunetière ó de un Brandes, críticos que exigen... ¡hasta de un joven de veinte años que publica su primer ensayo de novela!

Por lo visto, la mucha erudición enseña sólo á censurar. La censura acerba, aunque muchas veces resulte intempestiva, suele proporcionar al que la emplea á menudo, bien matizada de cierta ironía muy teatral, reputación de hombre inteligente y culto.

Sigue el efectismo seduciendo á los *listos*.

***

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Carlos González Peña viene á demostrarnos con su novela La Chiquilla que ya puede reirse muy tranquilamente, muy *graciosamente*, de los Aristarcos que con tanta rudeza censuraron su primer libro. De éste á La Chiquilla hay una gran distancia, una notabilísima distancia. Me atrevo á afirmar, puesto que de ello estoy convencido, que como Carlos González Peña no hay en México otro joven novelista, y aun entre los viejos, muy contados serán los que le igualen.

No es una obra maestra, pero sí una novela primorosa; algunos defectos tiene, mas al de los defectos supera el número de las cualidades.

La Chiquilla no es una novela que se destaque sobre otras por la originalidad de su asunto. Es éste casi el mismo de *El cuarto poder*, de Palacio Valdés, y de *Las ingenuas*, la sugestiva novela de Felipe Trigo. Y sin embargo, La Chiquilla no se parece á esas otras novelas españolas. Por su valor literario, podría ponerse entre ellas; es una novela muy buena, buenísima.

Y al decir que es buenísima, pienso en sus superiores páginas descriptivas. Si en el estudio de los personajes alcanzara González Peña el mismo valiente colorido que en la descripción, sería ya lo que, seguramente, será dentro de algunos años: un magnífico novelista.

Sus maestros hay que buscarlos entre los afiliados á la escuela de Zola; admira el naturalismo francés y es, sin duda, uno de los más notables continuadores jóvenes de la obra del eximio autor de *Los Rougon-Macquart*.

Pensando con Boileau que «nada hay tan bello como la verdad y que sólo la verdad merece amarse,» González Peña es un realista sincero, un enamorado de la vida en su aspecto más rudo, más real, y así describe con arriscado atrevimiento los conflictos del amor, del amor sin romanticismos, aun cuando parece aceptado con los refinamientos aprendidos en las novelas de sus autores favoritos.

El asunto de su segunda novela (una adorable chiquilla que le birla el novio á su hermana y acaba por lanzarse á las tristes aventuras de la vida galante) no puede ser más real ni más humano. González Peña, como la inmensa mayoría de los hombres, no puede creer que en el amor no hay realidad, como estudia sutilmente Lichtenberg, ni tampoco que al amor nadie lo conoce, según afirmación de La Rochefoucauld, ambos citados por Schopenhauer.

Y tan real es en sus descripciones eróticas, que ya sé yo de algunos críticos algo rancios que torcerán el gesto al leer las atrevidas páginas de La Chiquilla.

Lena y *Antoñita*, los dos tipos sobresalientes de la novela, ofrecen un perfecto contraste y ambos son (estoy seguro de ello) dos tipos igualmente amados por el autor. La una hermosa y alocada, perezosa, amante del lujo y sensual; la otra un espíritu pobre, pero noble, trabajadora, resignada, verdaderamente angélica, que casi no ha presentido las delicias de la sensualidad.

Son dos mujeres que González Peña fundiría en una, porque ambas le encantan, ambas le enamoran, no obstante separarlas una de otra todo un abismo de oposición moral.

Hay en el temperamento artístico de Carlos González Peña lo que podríamos llamar muy bien *la esclavitud del límite*. Padece una obsesión en el dibujo de sus personajes, una obsesión que es consecuencia inmediata de un ideal tan humano como artístico. Carece de inventiva, además, y así resulta que en sus personajes nótase cierta monotonía.

Son todos ellos como los que nos pinta Mæterlinck, caprichoso en el diseño de caracteres rudimentarios. Los estudiados por el notable escritor flamenco son buenos y sencillos; si la maldad se revela en ellos, débese á la inconsciencia, á la adversidad; son malos sin saberlo.

Y esas admirables mujeres del ilustre autor de *Monna Vanna* y *Le tressor des humbles* (1), esas mujeres muñecas, bellas, menuditas, poéticas, ingenuas, que despiertan amores terribles, son las mismas mujeres que ama González Peña, las mismas que trata de pintar en sus obras, transplantadas á otro ambiente más vulgar y haciendo aún más rudimentarios sus caracteres.

Estudiad á *Selysette*, la dulce y encantadora *Selysette*, pequeña y frágil, sugestiva figulina de carne y hueso, y encontraréis ese gran ideal humano y artístico que hace monótonos los personajes creados por González Peña. Bien que éste siente, al revés de Mæterlinck, más lo francés que lo germánico, mejor la locura enfermiza parisiense, que la dulce y apacible poesía de las leyendas del Norte. Además, no es misterioso, no es fatalista, al contrario del gran flamenco.

Mi buen amigo es impulsivo, muy susceptible á las impresiones fuertes, casi brutal en sus entusiasmos y abatido ante las menores penas. Y sin embargo, es resignado en sus desengaños, cuando los tiene (de ellos nadie logra librarse), aunque los sufra y contra ellos se rebele. Los mexicanos y los españoles seguimos muy unidos por analogías de tempera-

(1) *El tesoro de los humildes*, publicado por esta Casa Editorial.

mento, y si tenemos que dar fe á lo que dice Fouillée en su *Bosquejo psicológico de los pueblos europeos*, el temperamento español es, casi siempre, nervioso, belicoso y abrasado por un fuego intenso sabe ocultar la pasión que le consume.

También es el autor de La Chiquilla esquivo á los muchos amigos, apocado, descubriéndose en este importante detalle de su carácter las reminiscencias heredadas, quizás, de su estirpe vizcaína. De los vizcaínos, los iberos más puros, ha escrito el mismo Fouillée que son enemigos de mezclarse con los extraños y suelen encerrarse en su aislamiento. Particularidades de un carácter colectivo que tienen en González Peña individual reflejo.

De nuestro artista, considerando su juventud (veintiún años), bien puede decirse que su actual personalidad literaria no es más que un ligero esbozo de lo que será en el porvenir. Hasta ahora, nada ha escrito de grandes pasiones, nunca se ha aventurado en el laberinto de las almas complicadas. Sobrio y sencillo en sus estudios psicológicos, ha aprendido de Zola, su gran amor literario, la gran fuerza descriptiva, una percepción de retina admirable y una superior imaginación reproductora para describir lo que ven sus ojos, adornándolo (estilo zolesco puro) con la encajillería de la frase galana.

En esto es en lo que González Peña se mueve con perfecta soltura y conoce siempre el terreno por donde camina. Sus descripciones no son, como hubiera dicho *Clarín*, fastidiosos inventarios, sino páginas de arte admirables. No es mi artista amigo una *cámara obscura*, ni es tampoco un paisajista vulgar; pinta con precisión, con garbo, con magnífico tacto artístico, para describir la belleza allí donde la hay, aumentándola discretamente con la óptica de su temperamento de ilusionista, pero sin falsear la realidad de lo que describe.

Enamorado de la forma más que del fondo, sin que por ello se aparte de una elegante sencillez, seguramente estudiada en las obras de Galdós y de Pereda, bien que algo romántico, como todos los naturalistas franceses, su estilo corre fácil y ameno, cuidado, pero no en exceso, dulcemente amable, finamente artístico, hasta cuando parece rudo en las páginas de una descripción atrevida.

Adviértese que González Peña ha pintado en este libro caracteres muy reales y muy hermosos, aunque todos ellos de fácil estudio, sencillos, como ya he dicho antes. La caída de *Lena*, esa caída prevista por el lector y por el autor bien justificada, es acaso, y sin acaso, lo más meditado que el libro entraña, lo más relevante de las dotes que de observador tiene el joven novelista.

Es una caída que comienza profetizándose con jugueteos y ocurre seria, terrible, obligada (ya han escrito Sterne y Schopenhauer que muy seria es la voluptuosidad).

A muchos parecerá una caída estúpida, y lo es, indudablemente, pero justificadísima lo está. *Lena* no ama á *Eugenio* ni *Eugenio* ama á *Lena*; pero si en sutilezas de la psicología femenil nos metemos, léanse las siguientes palabras que Jacinto Benavente, el cáustico comediógrafo español, ha puesto en labios de una mujer: «Bien sé que las mujeres amamos, por lo regular, á quien lo merece menos. Es que las mujeres preferimos hacer limosnas á dar premios.» El deseo irresistible que la *chiquilla* despierta en el novio de su hermana, inspira la *limosna* perfectamente instintiva y hasta impulsada por el contagio del mismo exigente deseo de *Eugenio*.

Y no pretendamos atribuir á *Lena* solapada premeditación para el pecado, porque, como ha dicho Anatole France hablando de la mujer, *elle ne comprenait que la beauté coutourière*.

*
* *

No creo que sea necesario alargar más este prólogo, puesto que con lo dicho basta para que Carlos González Peña sea presentado al lector *con todas las de ley*, según los cánones del prologuista de oficio: es un escritor joven y sobresaliente que escribe novelas naturalistas, sabiendo apartarse prudentemente de lo *sicalíptico*, mérito que pocos novelistas imitadores de Zola poseen. Por su estilo, recuerda al lector culto á un notable novelista español: Vicente Blasco Ibáñez. Como el autor de *La Barraca*, hace hablar poco á sus personajes y pone especial cuidado en describir el ambiente en que se desarrolla la acción novelesca. Se ve muy claro que le inspira poco entusiasmo el procedimiento de Stendhal. Además, es impersonal, á la manera de Flaubert.

Hay en La Chiquilla dos descripciones notabilísimas: la de una noche del 15 de Septiembre, festividad de la Independencia mexicana, y de una pequeña juerga de vecindario, celebrando la tradicional *entrada de año nuevo*.

Una sincera manifestación para terminar. Cada vez que en América, en la América que fué española por las injusticias y errores de una política tirana y que lo es hoy por analogías de costumbres, por igualdad de idioma y religión, sobresale un literato que, como Carlos González Peña, hace pensar en un porvenir brillante para las letras americanas, siento un entusiasmo grande. Este lo explicó galanamente

don Juan Valera en su discurso escrito en 1903 para los Juegos Florales de Córdoba (España), y cuyo párrafo más esencial copio para echar la llave á este pobre prólogo mío.

«De igual manera que el amor de la patria ó de la raza repugna y rompe todo límite en el tiempo—decía el insigne académico—, en el espacio también le repugna y le rompe. Separados están ya de nosotros, después de sangrientas luchas fratricidas y de mortales odios, cuantos vivieron sometidos al imperio español y al cetro de nuestros reyes durante cerca de cuatro siglos, desde Tejas y California hasta el Estrecho de Magallanes; pero la filiación persiste y todavía miramos y celebramos como ventura propia el bien ó la prosperidad que logren los habitantes de aquellas tierras remotas, y todavía nos gloriamos de los ilustres varones que por allí han nacido, tanto, ó casi tanto, como si fuesen naturales de nuestra provincia, de nuestra ciudad natal ó de nuestra aldea.»

José Escofet.

México, 1906.

LA CHIQUILLA

I

El sol penetraba á raudales por la ventana abierta. Jugueteaba sobre la raída alfombra, trazando cuadros de luz que se prolongaban en áurea franja desde el cuartito pequeño, perdido en las azoteas, hasta el poniente, que en ese instante fulguraba, lanzando al espacio, pálidamente azul, ráfagas de tinte rosa, que se estremecían, esparciéndose con lentitud, hasta transformarse en manchas que salpicaban el firmamento, en donde lucían las tonalidades del iris: el rojo incandescente que incendiaba el ocaso; el amarillo suave, que era algo así como una sonrisa del escarlata; el verde, de transparencias exquisitas; el lila, semejante al color de las venas que se adivinan bajo los cutis blancos; el rosa, que se unía al azul del cielo en un beso arrobador de virgen.

Era una invasión de rizos rubios, de crenchas doradas que se agitaban. La habitación refulgía. Los muebles anticuados, las paredes tapizadas de papel turquesa, las porcelanas corrientes, resplandecían en medio del luminoso polvillo. Sonreía la tarde, con la sonrisa de los rayos errantes, y el resplandor del sol, próximo á extinguirse, prodigaba sus halagos á las cimas, á las torres, á las cúpulas, á los altos ramajes, á los techos lejanos.

Y en aquella bacanal desenfrenada de luz, el traqueo de la máquina de coser, puesta á un lado de la ventana,